

Estando en Bolonia redactó el famoso manifiesto de Rimini, que sirvió de programa á la rebelion de las Romanas en 1845, y recibió del profesor Montanelli el cargo de corromper á la juventud de la Universidad de Pisa, mision que ejerció á satisfaccion de los patriotas.

La amnistía de Pio IX le abrió las puertas de su patria en 1847, y Farini marchó á Roma, donde con astucia é hipocresía supo ganar la confianza del gobierno de entonces, y llegó á ser sustituto del ministro del Interior; pero abusando del alto puesto que se le habia confiado, se sirvió de la autoridad que ejercia para variar el personal de las delegaciones y de los municipios, sustituyendo al antiguo con otro nuevo, en el que ingresaron personas hostiles al Papa. Posteriormente se le encargó de una comision especial cerca de Carlos Alberto en Volta, y fué elegido miembro del Parlamento por la ciudad de Faenza, y nombrado por Rossi director de higiene de las prisiones, en cuyos cargos se condujo Farini con la misma perversidad.

La vuelta del Papa á Roma en 1849 hizo imposible la permanencia del astuto demagogo en aquella ciudad, y entonces se hizo *moderado* y se acogió al Piamonte, donde, gracias á la proteccion de Cavour, comprada, segun la crónica

escandalosa de aquel tiempo, á un precio que por decoro no pudo consignarse aquí, llegó á ser diputado y ministro.

Pero el año 1859 fué cuando Farini entró de lleno en el camino en que habia de llenarse á la vez de ridiculo y de sangre.

Elevado á la dignidad de dictador de los ducados de Módena y Parma, comenzó por establecerse en el Palacio de Francisco V. Entónces, no solo se hacía servir por lacayos vestidos con las libreas del duque, sino que su mujer y sus hijas se apropiaron los trajes de las princesas desterradas. Las vajillas, las mantelerías, las ropas, todo cayó en poder del dictador; y como su cifra era la misma de S. A. Imperial, lo único que hizo fué quitar la corona ducal, pero no por modestia, sino para apropiarse mejor aquellos preciosos objetos.

Así fué como se enriqueció Farini, siguiendo el ejemplo de todos sus cómplices, y aventajándolos á todos, aunque repetia á cada instante que queria morir pobre. Sin embargo, como buen epicúreo y buen revolucionario, Farini se entregaba sin cesar á los placeres de la gula. Solo faltaba al dictador mancharse de sangre, y al fin lo logró, dando la órden para que el coronel conde de Anviti, leal servidor de la duquesa de

Parma, fuese detenido y entregado al populacho, que se cebó en él con una ferocidad sin ejemplo. El cuerpo del coronel fué desmenuzado sobre una mesa, y sus restos arrastrado por la ciudad, mientras que su cabeza, clavada en la punta de una pica, fué paseada en triunfo y colocada al fin sobre la columna de una plaza pública.

Después de consumada esta hazaña, terminó la misión del dictador en los ducados, que fueron anexionados, y en 1860, después de la batalla de Castelfidardo, Farini fué nombrado comisario extraordinario de Victor Manuel para preparar las dos Sicilias á entrar en la nueva monarquía italiana.

Posteriormente Farini formó parte del ministerio Cavour, que fué el que más trabajó en la obra sacrilega y revolucionaria á la vez de la unidad de Italia. Por último, Farini fué el que dirigió á los italianos la célebre proclama de 9 de Octubre de 1860.

Pero la justicia de Dios había sentenciado ya á Farini.

M. Ricciardi, yerno y secretario suyo, á quien profesaba entrañable cariño, murió de repente. Poco después murió también su hija, y Farini se encontró solo.

En 1864, y al volver á Turin, el mismo Farini

ni se volvió loco. No referiremos aquí todos los incidentes de su furiosa locura, pues bastaría consignar algunas circunstancias que concurrieron en su horrorosa enfermedad, para hacer resaltar la acción de la Justicia divina.

Al mismo tiempo que Farini desplegaba un lujo escandaloso y amontonaba grandes riquezas, repetía sin cesar, con repugnante ipocrésia que quería morir pobre. Paes bien: en su locura rechazaba todo el alimento que se le suministraba, y satisfacía el hambre de la manera más inmunda. Farini había entregado una víctima inocente al populacho, y en su locura se veía perseguido sin cesar por la sombra vengadora de su víctima; "¡Anviti, Anviti ensangrentado y con su cabeza en las manos, miradle!" Farini repetía continuamente estas palabras, y desnudo y cubierto de miseria é inmundicias, se arrastraba por el suelo, dando gritos espantosos.

Así vivió hasta su muerte el cruel y ambicioso dictador de Toscana, el ministro revolucionario de Victor Manuel, el subdito rebelde de su legítimo soberano el Papa Pio IX.

## XXI.

Cassinis, ministro de cultos de Victor Manuel II, rey del  
Piamonte.

(MURIO AÑO 1866 DE N. S. JESUCRISTO)

M. Cassinis, ministro de Cultos de Victor Manuel en 1859 y 60, y que como tal cooperó á la invasion de las Marcas y la Umbría, es otro de los enemigos de la Iglesia y del Papa que con muerte desastrosa ha comparecido ya ante el tribunal de Dios.

El abogado Cassinis fué presidente de la Cámara de los diputados de Turin, guarda-sellos, y por último ministro de Cultos del desventurado rey del Piamonte, en cuyos altísimos puestos prestó grandes servicios á la causa de la revolucion.

Cuando el cardenal De Angelis fué separado de su Silla y conducido á Turin, Cassinis fué el que dió aquella órden y el que, al saber la lle-

gada del Prelado á la capital, le hizo conducir á su presencia, usando en aquella entrevista con el Cardenal de un lenguaje inconveniente é irrespetuoso para un Príncipe de la Iglesia.

Seis años despues, el Cardenal ocupaba tranquilamente su Silla, y el ministro de Cultos pagaba á la otra vida de una manera funesta, degollándose con una navaja de afeitar en Diciembre de 1866.

Este crimen con que Cassinis puso término á su historia de iniquidad, se atribuyó por entonces á tres causas principales. En primer lugar, Cassinis sufria mucho, hacia ya algun tiempo, una dolorosa enfermedad. En segundo lugar, habia perdido á su esposa dos años ántes, y desde aquella época se habia apoderado de él una penosa melancolía; y por último, á estas desgracias se unia el estado deplorable de su fortuna.

Cinco dias ántes de su muerte, el antiguo ministro de Cultos escribió al caballero Pablo Di Trempeo, secretario de la Cuestura en la Cámara de los diputados, una carta en que se lamentaba de su triste situacion. He aquí el extracto que de dicha carta publicó el periódico *L'Italia*:

"El 15 de este mes será el dia más hermoso que ha visto brillar Italia. El discurso de la Corona anunciará al mundo que ya no hay un

solo soldado extranjero en el suelo de la patria. Considerad cuán feliz me consideraría yo al estar en Florencia ese día; pero me veo obligado á renunciar á ello. Esta afección neurálgica, lejos de disminuir, aumenta sin cesar, y me atormenta de tal manera, que cuando me encuentro en sociedad y me acometen las violentas convulsiones de que padezco, me veo obligado á retirarme. Imaginaos, mi querido Di Trompeo, cuánta será mi tristeza, y qué existencia es la mía."

Vivir una vida dolorosa, llena de remordimientos, y morir de muerte desastrosa: hé aquí el castigo que impone Dios á cuantos se rebelan contra su Iglesia.

## XXII.

Filibecchi.

(MURIO AÑO 1872 DE N. S. JESUCRISTO)

A fines del año 1872 los periódicos católicos publicaron los siguientes apuntes sobre la vida y muerte de este célebre revolucionario:

"El Coliseo ha sido el teatro de un drama extraño. El titulado Filibecchi, uno de los revolucionarios más furibundos de la Italia unida, se ha suicidado en él. Este mismo Filibecchi es quien había ido á Roma, hace ya ocho años, para asesinar á Pio IX, el 12 de Abril de 1865; recuérdese que Su Santidad había ido á Santa Inés, fuera de los muros, á dar gracias á Dios por haberle salvado milagrosamente. Filibecchi se había asimismo encargado de arrancar á Francisco II de su residencia en Albano y llevarle á un buque que cruzaba delante de Nettuno. Salió de esta segunda empresa tan mal como de la primera, y se contentó con lanzar en la noche del 12 de Abril de 1865 una bomba Orsini en medio de la multitud que llenaba la plaza de la Retonda y las calles inmediatas por ver la iluminación de aquella noche. Muchas personas quedaron heridas. Se prendió al criminal, y los tribunales le condenaron á muchos años de prisión. Habiendo recobrado la libertad por gracia de Pio IX, Filibecchi fingió iba á emprender una peregrinación á Jerusalem, pero no lo hizo jamás. En 1867 tomó mucha parte en la conspiración tramada para producir un levantamiento revolucionario en Roma mismo.

"Habiendo vuelto por tercera vez á Roma,

entrando por la brecha de la Puerta Pia, Filibecchi siguió el ejemplo de casi todos los corifeos revolucionarios, viviendo con dinero ajeno. Precisamente se ha suicidado en el mismo sitio donde se ha verificado la gran reunion de los delegados de la república demagógica. Eran las once de la mañana. Pero las autoridades no han juzgado oportuno levantar el cadáver hasta las siete de la noche. Así es como ha terminado por un crimen su larga carrera de crímenes y de cobardes conspiraciones."

### XXIII.

José Mazzini.

(MURIO AÑO 1872 DE N. S. JESUCRISTO.)

A mediados de este siglo, Italia, dividida en pequeños reinos y sometida en parte á Monarcas extranjeros, inició, impulsada por la idea de libertad, una revolución que levantó primero la

bandera de la independencia y despues la de la unidad de la patria.

Mazzini, siguiendo el ejemplo de Rienzi y de Arnaldo de Brescia, soñó en ver á Italia una y á Roma señora del mundo; y empuñando con más ardor revolucionario que entusiasmo patriótico aquella bandera, en vez de ser un verdadero patriota, solo logró constituirse en tribuno de apasionadas declamaciones y en fanático agitador de aquella patria cuyo nombre y libertad invocaba.

Pero la independencia y la unidad de Italia no era la verdadera aspiracion de Mazzini y demás alborotadores italianos, sino la bandera con que encubrian un fin político al cual debe Italia todos sus desastres, y con que pretendian justificar sus locuras, sus atentados y sus crímenes.

Así lo demuestran la historia y los testimonios de algunos de los promovedores de esa empresa, que tanta sangre y tantas lágrimas costaron á Italia, á la Santa Sede, y por consiguiente á todo el mundo católico.

En 1830 la sociedad secreta de los carbonarios, que se proponia realizar la unidad italiana, pactó alianza con Carlos Alberto, á quien ofreció ya la corona de la Italia una para, en dinastía.

Mazzini declaró entón ces la guerra á los pequeños Estados italianos, y posteriormente fundó la *Joven Italia*, de la cual fué jefe á la edad de veintidos años.

El incansable agitador José Montanelli reveló también las aspiraciones y los propósitos y conducta de la revolución italiana en su obra *El partido nacional italiano, sus vicisitudes y sus esperanzas*.

“La indiferencia política del pueblo, dide, era el escudo contra el cual se estrellaban las más audaces tentativas de los revolucionarios italianos. Allí había dos Italias: la Italia de las letras, de los sábios, de los obogados, de los médicos, de los artistas y de los estudiantes; y la Italia de los campesinos, de los trabajadores, de los sacerdotes y de los monjes. De la primera, más ó ménos saturada del espíritu moderno, salían las conspiraciones liberales; la segunda veía para con indiferencia las revoluciones, aparecer y desaparecer la bandera tricolor sin conmoverse lo más mínimo. Esta indiferencia política del pueblo provenía sobre todo del desacuerdo reinante entre la Iglesia romana y el espíritu nuevo. Para profesar el liberalismo era necesario sentirse con fuerzas para afrontar las censuras eclesiásticas. El pueblo se confesaba, y el con-

tesor amenazaba con el fuego eterno á todo el que participase de las iniciaciones y propósitos de los novadores. Allí no había más de dos medios de hacer penetrar la idea nueva en la conciencia popular: ó atraer á ésta á la dirección del clero, cambiando la forma religiosa al mismo tiempo que la forma política, ó persuadir al clero para que se pusiera á la cabeza del movimiento liberal. Los *carbonarios* y la *Joven Italia* habían ensayado el primer medio; Gioberti intentó el segundo. Pélerin, aventurero de la libertad, abrió el camino para plantar la bandera de la libertad sobre la Iglesia de San Pedro.”

La amnistía y las reformas concedidas entonces por el bondadecio Pío IX á su advenimiento al Sóllo Pontificio envalentonaron á los agitadores; y Mazzini, el primer héroe acaso de la revolución italiana, llevó su osadía hasta el punto de escribirle el 8 de Setiembre de 1847 las siguientes palabras:

“Yo contemplo vuestros pasos con gran esperanza y os escribo con tanto amor y con el alma tan intensamente conmovida, que me permitiréis os dirija una palabra profundamente sincera.... Sed confiado.... Fiad en nosotros.... Nosotros fundaremos para vos un gobierno único en Europa; sabremos traducir en un hecho

poderoso el instinto que germina de un extremo al otro de la tierra italiana; os procuraremos fuertes apoyos entre los pueblos de Europa; os proporcionaremos amigos aún en las filas austríacas; nosotros solos, porque solo nosotros tenemos unidad de miras y creemos en la verdad de nuestros principios.... Os escribo porque os creo digno de ser el iniciador de esta gran empresa. Si yo estuviese cerca de vos, rogaría á Dios me diese poder bastante para convenceros con el gesto, con el acento y con las lágrimas...."

La sinceridad de estas palabras la desmintió el mismo Mazzini, cuando en 10 de Octubre de 1856 escribía al director de *L' Italia del Popolo*....: "En cuanto á la carta dirigida por mí á Pio IX, no tengo necesidad de explicar su pensamiento. El que vea en ella una invitación hecha al Papa, ó no la ha leído, ó no la ha entendido, ó no la ha querido entenderla. Yo creo firmemente hoy, como entonces, que el Pontificado concluyó irrevocablemente, y la fórmula *Dios y el pueblo*, que no admite ningun monopolio de intérprete privilegiado entre Dios legislador y la criatura, la pone completamente á salvo. Esta convicción, que es la mía, se desprende incontestablemente de mi carta. Pero Pio IX tenía entonces un poder inmenso en Italia, y yo le escribí

para decirle los grandes deberes que le imponía."

Esa carta tenía otro fin, que fué conocido, y del cual no es oportuno hablar aquí.

Claro, el fin de Mazzini era atar al Pontificado al carro de la Revolución para que le sirviera de instrumento; pero Pio IX declaró en su Alocución pronunciada en el Consistorio de 4 de Octubre de 1847, que "todos sus cuidados, sus pensamientos y sus esfuerzos, completamente extraños á toda política humana, iban encaminados á la difusión de la Religión de Jesucristo y de su doctrina;" y la Revolución, desairada, declaró la guerra al Papa, siguiendo la táctica recomendada por Mazzini á los *Amigos de Italia*, la misma precisamente que había empleado él con Pio IX.

"Aprovechad la menor concesion para reunir al pueblo.... é imbuirle el conocimiento de su fuerza y *hacerle exigente*."

"El concurso de los grandes es indispensable para despertar el espíritu de reforma en un país de feudalismo. Si solo contaís con el pueblo, la desconfianza nacerá, y al primer golpe se le aniquilará. Si es conducido por algunos grandes, los grandes servirán de pasaporte al pueblo.... Un gran señor no puede ser atraído por intereses materiales; pero se le puede seducir halagaa-

do su venidad: dejadle el primer papel mientras quiera marchar con vosotros; lo esencial es que el término de la gran revolucion le sea desconocido. No le dejemos ver más que el primer paso que hay que dar.....

"En Italia el pueblo está todavía por crear, pero está pronto á romper la caja que le encierra. Hablad con frecuencia siempre y en todas partes de sus miserias y de sus necesidades.... Las discusiones sábias no son necesarias ni oportunas. Hay palabras regeneradoras que contienen todo cuanto es necesario repetir continuamente al pueblo; *libertad, derechos del hombre, progreso, igualdad, fraternidad*; hé ahí lo que el pueblo entenderá, sobre todo cuando se ponga en contraposición de las palabras *despotismo, privilegios, tiranía, esclavitud*, etc., etc. Lo difícil no es conocer al pueblo, sino reunirle: el día en que se le reuna, será el día de la nueva era.....

"Un Rey da una ley más liberal: aplaudid, pidiendo la que debe seguir. Un ministro muestra intenciones progresistas: citadle como modelo. Un gran señor afecta renegar de sus privilegios: ponelos bajo su dirección; si quiere detenerse, estais á tiempo de abandonarle..... Todos los resentimientos personales, (todas las

decepciones, todas las ambiciones desengañadas, pueden servir á la causa del progreso dándoles una buena dirección.....

"Cuando un grau nú nero de asociados, al recibir la órden de propagar una idea y formar con ella la opinion pública, pueda concertarse para un movimiento, encontrará quebrantado por todas partes el viejo edificio, que caerá como por milagro al menor soplo del progreso. Entónces todos se admirarán de ver huir únicamente ante el poder de la opinion á los Reyes, á los señores, á los ricos, á los sacerdotes, que formaban el esqueleto del viejo edificio social.

"Valor, pues, y perseverancia."

Dos años despues Mazzini arrojó la máscara, y dijo:

"Hasta hoy hemos atravesado una época de mentiras, durante la cual unos gritaban *¡viva!* á quien no les inspiraba simpatía, y de quien esperaban servirse; una época de disimulo, durante la cual ocultaban otros sus deseos, porque pensaban que la hora de revelarlos no habia sonado todavía."

Cuando la Revolucion creyó que habia sonado la hora, comenzó la lucha agitando la opinion, sublevando al pueblo, pidiendo tumultuariamente reformas y libertades, y atentando con



tra el respeto y obediencia que se debía al Papa y al Rey, contra su autoridad temporal y espiritual, contra su libertad, contra su propia persona, y aun contra la vile de su ministro Rossi, que fué villanamente asesinado.

Mazzini, jefe de las sociedades secretas, de acuerdo con lord Palmerston y con lord Minto, representante de Inglaterra, fué entonces el encargado de dirigir la demagogia contra el sacerdocio y el imperio.

El inmortal Pio IX resistió con valor y con prudencia el ímpetu revolucionario, se negó á sus exigencias, y protestó contra sus atentados; pero la guerra de Austria, y la negativa del Papa á combatir contra aquella potencia cristiana, acabó de exasperar á la Revolución, que no vaciló en lanzar contra el bondadoso Pio IX estas dos calumniosas acusaciones: *Nos ha engañado; nos ha vendido.*

La guerra contra la Santa Sede se quitó la máscara, y el populacho, desenfrenado y conducido al mismo tiempo por la Revolución, pensó en responder con una rebelion á la enérgica y al mismo tiempo amorosa Aloncion en que el Papa, segun escribió por entonces un revolucionario, habia hecho profesion de fé antiliberal. Este designio no se llevó á cabo; pero

el pueblo romano no escuchaba ya la voz del Papa, y despues de exigir tumultuariamente un ministerio puramente laico, adoptó como norma de su conducta el grito lanzado en un folleto por el demagogo florentino: "Paesto que Pio IX no quiere salvar á los italianos, los italianos deben salvarse sin él."

Entre tanto las victorias de los austriacos y la política del ministerio Mamiani exasperaron y alentaron respectivamente á la Revolución, que resuelta á desprenderse del Papa, cometió todo género de atentados, hasta que el bondadoso Pio IX, en la imposibilidad de oponerse á la obra revolucionaria, huyó de Roma, buscando la libertad é independéncia que no le ofrecia su capital, y que le era necesaria para el ejercicio de su soberanía.

En efecto: cuando los ministros impuestos por los mismos asesinos del conde Rossi, y que se atrevian á llamarse ministros de Pio IX, rechazaron por *inconstitucional* la protesta del Papa; cuando los rebeldes establecieron tumultuariamente la Junta provisional y suprema de Estado, que convocó la Asamblea general nacional de los Estados Romanos, y cuando Roma, cabeza de la civilizacion cristiana, era una de las cabezas de la hidra revolucionaria, como dice un

distinguido escritor católico, que rechazaba la misma, siempre dispuesta á bendecir, de los Pontífices, y se arrojaba á los pies de Mazzini, Pio IX tuvo que huir de Roma y refugiarse en Gaeta, al mismo tiempo que se constituía un triunvirato, compuesto de Mazzini, Amellini y Saffi.

Pocos dias despues la llamada Asamblea Constituyente, que se reunió el 6 de Febrero, votaba un decreto que declaraba "al Papa privado de hecho y de derecho del poder temporal de los Estados Romanos, y que proclamaba como nueva forma de gobierno la democracia pura, bajo el nombre glorioso de *República Romana*."

Pero la obra de Mazzini y de sus secuaces no duró mucho tiempo, porque las potencias católicas, interesadas en la libertad é independencia del Papa, marcharon sobre Roma, la conquistaron, y restituyeron á su Silla al inmortal Pio IX.

Mazzini, entonces, despechado y reducido á la impotencia, consagró su vida á la revolucion y desahogó su rabia contra el Pontificado, comparándole á un cáncer, del cual era preciso librar á Italia.

Su caída le obligó á huir de aquella Roma, que, destinada por Dios para ser cabeza del Catolicismo, quiso rebajar á ser capital de Italia; pero jamás abandonó la idea de la unidad italia.

na, que á costa de tantos atentados realizaron despues Garibaldi, Cialdini, Cavour y Victor Manuel, que fueron el brazo ejecutador de la idea fraguada en la cabeza del agitador Mazzini.

Cuando esta empresa usurpadora y sacrilega comenzaba á realizarse en 1860, Mazzini, que era su iniciador en nuestra época, desterrado y condenado á muerte, aplaudia desde Lóndres á los usurpadores de Nápoles y de los Ducados italianos, como aplaudió despues en 1870 á los usurpadores de Roma y á los carceleros del Papa.

Al poco tiempo, á principios del año 1872, José Mazzini, el agitador de 1830, el fundador de la *Joven Italia*, el triunviro de 1849, el enemigo mortal de la Iglesia y del inmortal Pio IX, presintiendo cercana la hora de su muerte, marchó á Pisa, donde á los pocos dias falleció en el seno de su patria, pero sin los consuelos de la Iglesia, á la que tanto habia perseguido.

## XXV.

Juan Prim.

(MURIO AÑO 1870 DE N. S. JESUCRISTO.)

Entre todos los héroes y mártires de la Revolución en España, Prim aparece en primer término, porque, educado por ella, á ella debió su fortuna y engrandecimiento, por ella trabajó toda su vida, á impulso también de su ambición insaciable, y contribuyó como el que más á la realización en España de todos sus principios y de todas sus consecuencias.

Prim había nacido en el seno de la Revolución, vivió en su regazo, trabajó y combatió por su triunfo, y al fin la misma Revolución le mató. Prim, por otra parte, era el tipo acabado del revolucionario, y aun pudiera decirse que era el único hombre que produjo la revolución de España de 1868.

Su carácter violento, su arrojo, su prestigio militar y su osadía le dieron gran influencia en el partido progresista, al cual perteneció siempre, y le hicieron dueño de España en una época en la que, triunfante la Revolución, muertos los generales O'Donnell y Narvaez, y faltos de un hombre superior todos los demás partidos liberales, no había quien se atreviera á combatir á Prim.

Así fué que aun el general Serrano, jefe supremo del Estado durante los dos años de interinidad desde Setiembre de 1868 á Diciembre de 1870, estuvo completamente supeditado á Prim, presidente entonces del ministerio, ministro de la Guerra, y verdadero dictador de España.

La historia política de Prim está manchada con innumerables atentados y crímenes cometidos contra la Iglesia, contra su reina doña Isabel, á la cual juró tantas veces lealtad, y contra España entera, porque Prim ha llegado al poder despues de atravesar un mar de sangre y de lágrimas.

Su nombre comenzó ya á figurar en 1843, con motivo del atentado contra el general Narvaez, perpetrado el día 6 de Noviembre de aquel año, que costó la vida al camandante Bassati, muerto de un trabacazo. Por entonces los moderados y

la opinión pública, con razon ó sin ella, atribuyeron el crimen al partido progresista, y especialmente al brigadier Prim, que fué desterrado de órden del gobierno.

En premio de los servicios que prestó en la guerra de Africa, siendo ya teniente general, y mandando un cuerpo de ejército, se le hizo marqués del título de marqués de los Castillejos, con grandeza de España de primera clase. Al cubrirse como tal ante la desventurada señora que entonces ocupaba el trono de España, el general Prim, pronunció el siguiente discurso:

"Señora: Al recibir hoy la investidura de la grandeza de primera clase con que V. M. se ha dignado *honrarme* en recompensa de los servicios que he tenido la suerte de prestarle durante la resistente y gloriosa campaña de Africa, *mi primer deber es inclinarme en presencia de MI SOBERANA, y expresarle LA VIVA GRATITUD que siento HACIA LA REINA que me á elevado á tan alta dignidad, gracias á la que marcho hoy al igual de los más nobles señores de vuestra corte, tan grande como los más grandes reinos.*

"*Si el deber de un general, como el de todo militar, es el de servir SIEMPRE con lealtad y valentía á SU SOBERANA y á su patria, cuando este militar, cuando este general es grande de Espa-*

*ña ¡qué esfuerzos no debe hacer para hacerse más y más digno de la estimacion de la augu la Reina de quien tiene un título tan brillante?*

"*Debe hacer, señora, lo que, con la mano puesta sobre la guarnicion de su LEAL espada juró al márques de los Castillejos, DEFENDEA VUS TRIS DERECHOS AL TRONO DE ESPAÑA contra los que osaren atacarlos: defender asimismo vuestra persona SIEMPRE, EN TODAS LAS OCASIONES, Y CUALES QUIERA QUE SEAN LAS VICISITUDES DE LOS TIEMPOS; derramar por ella hasta la última gota de mi sangre, Y, EN FIN, SERLE FIEL HASTA EXHALAR MI ULTIMO SUSPIRO."*

Poco tiempo despues el que esto decia, unido á otros hombres influyentes, lanzaron al partido progresista al retraimiento y á la lucha. Hé aquí lo que á este propósito dice el Sr. La Fuente en su *Historia de las Sociedades secretas*:

"Con todo, el general Prim, empujando al partido á las conspiraciones militares, sobornos de sargentos, pronunciamientos y motines de cuartel, en que habia pasado su juventud, logró imponerse á los progresistas y hacerles volver á la política del Tio Perico el manchego, iniciada en Aranjuez en 1808, y de la cual no llevamos traza de salir."

Adoptada ya por los progresistas la conspiración como medio de obtener el poder, el general Prim, que por entonces estaba considerado como brazo de su partido, inició una serie de conspiraciones, que D. Eugenio García Ruiz, en su folleto *La Revolución de España*, refiere en estos términos:

“El retraimiento, pues, segundo en consecuencias, que se están tocando y se tocarán aún más de cerca, no produjo ni podía producir el resultado práctico en que soñaron sus autores. Bien pronto iba á demostrarlo una larga y dolorosa experiencia.

“Inténtase por el *partido de acción* la empresa que lleva el nombre de la *montaña del Príncipe Pío*, en el verano de 1864, que es ahogada antes de nacer. El general Prim es desterrado por ella á las Asturias. Los partidos liberales, ó sea el *pueblo*, siguen retirados en el Aventino.

“El 29 de Abril de 1865 debió tener lugar el alzamiento de Valencia con su guarnición, para donde salió el general Prim; y el de la Mancha, con tres ó cuatro regimientos de caballería, á donde fué el general Latorre, y también el de Zaragoza, á donde fueron el Sr. Rivero y el que esto escribe. El alzamiento no tuvo lugar. El pueblo siguió retirado en el Aventino.

El 2 de Junio siguiente se acercó el general Prim desde Francia á las puertas mismas de Pamplona, que debió sublevarse con la ciudadela y la mayor parte de la guarnición. Pamplona permanece tranquila, y el pueblo sigue retirado en el Aventino.

El 10 de Junio siguiente, esto es, á los ocho días justos, el general Prim, atravesando el Mediodía de la Francia; se embarca en Marsella y llega á las aguas de Valencia, penetra en esta ciudad, en donde se encuentran sus mejores amigos de Madrid, quienes le aseguran de palabra lo que ya le han dicho por escrito, esto es, que toda la guarnición, á la cual secundará el pueblo, está dispuesta á sublevarse si él se pone al frente. Todo está ya dispuesto; las tropas pueden decirse que en orden de batalla; el éxito parece asegurado de antemano; pero en el instante mismo de empezar es preso el coronel Alemany, titubean los otros jefes comprometidos, el paisanaje no se mueve, el general Prim, abandonado de todos, logra salir, en medio de terribles peligros, de la ciudad, y ganar á los tres días, en una triste barca pescadora, el suelo barberisco. El pueblo sigue retirado en el Aventino.

La Unión Liberal, que por entonces conspiraba con Prim y los progresistas, fué llamada

al poder de 21 Junio de 1855 con gran sorpresa de éstos, que por medio de la prensa les increparon por su inconsecuencia, diciendo á los unionistas: *Habéis jurado sostener hoy lo que juráis derribar ayer.* Los unionistas trataron de atraerse algunos de los progresistas más notables, y entre ellos á Prim, á quien se ofreció la dirección general de Ingenieros; pero éste se resistió á aceptarle, prefirió seguir conspirando por su cuenta.

En estos á principios del año siguiente Prim, parodiando la sublevación de O'Donnell en el Campo de Guardias, trató de derribar á su rival haciendo que los regimientos de caballería de Calatraba y Bailén se reuniesen en Villarejo para dar el grito de rebelión; pero la indecisión de algunos de los comprometidos, y la actividad de O'Donnell, hicieron fracasar el plan. El fallamiento del capitán Espinosa, que, más decidido que los otros, se sublevó con la escasa infantería que custodiaba, y la destrucción del puente colgante de Aranjuez, ordenada por Prim para asegurar su retirada, fueron las únicas consecuencias de aquella nueva intentona.

Seis meses más tarde, el 22 de Junio, estalló en Madrid otra sublevación, promovida asimis-

mo por Prim y los progresistas, cuyo plan revela el Sr. La Fuente en estos términos:

“Los progresistas querían diferir el movimiento para el 23, en que habian de dar la guardia en el Principal y en Palacio los artilleros comprometidos. D. Juan Prim debía estar para aquel día hacia Bargas, y entrar con toda gloria y esplendor teatral en Madrid á celebrar su Santo. El plan era segurísimo, pues teniendo á la Reina en su poder, el telégrafo en la casa de Correos ó Principal, el parque, la artillería de San Gil y del Retiro, buenas inteligencias en los cuarteles de la Montaña, de Santa Isabel y de caballería, O'Donnell estaba, perdido, y el pronunciamiento se pudo hacer sin derramar una gota de sangre. A pesar de eso ¡cuántos horrores! Qué asesinatos tan feroces é inhumanos sobrevinieron en el cuartel de San Gil y en las calles á los jefes que acudían á sus puestos! ¡Y los cómplices de esos asesinatos hoy mandan el ejército español, con sus manos manchadas de sangre que no se puede lavar!

“Mas no era solamente la tropa la que estaba ganada por el club y las sociedades secretas; también lo estaba la policía; y O'Donnell que salió en 1854 al Campo de Guardias escoltado y procedió por la ronda de capa, ahora se halló

tan perfectamente servido, que sabiendo todo Madrid á las once de la noche que se habia adelantado el golpe, habiendo principiado los grupos á reunirse hácia aquella hora, estando invadido el parque, y los cuarteles sublevados desde la una de la noche, D. Leopoldo se acostó á las cuatro de la mañana tranquilamente, sin saber nada.

"En efecto: el comité progresista queria diferir el estallido hasta el 23, y éste era el aviso que tenia O'Donnell; pero los ibéricos, acudillados por Rivero y Mártoa, comprendieron que Prim les preparaba otra jugada como la de 3 de Enero, haciendo una sublevacion puramente militar y exclusiva en provecho suyo y de su partido. Comprometieron, pues, la empresa, resolviendo su club (ó lo que fuera) dar el golpe aquella misma noche, avisándole así á los progresistas."

El plan no dió el resultado que esperaban sus autores. Los oficiales de artillería que se hallaban en el cuartel de San Gil se negaron á sublevarse, y fueron asesinados por los sargentos rebeldes; el pueblo, y con él muchos republicanos, tomaron tambien parte en la lucha, y no habiéndose atrevido muchos de los comprometidos á seguir la causa de los rebeldes, se pro-

dujo una lucha sangrienta, en la que al cabo quedó triunfante el gobierno.

No obstante, aquel gobierno que habia vencido en las calles de Madrid, fué derrotado en la esfera de la política, y cayó para ser sustituido por un ministro moderado, presidido por el general Narvaez.

Los unionistas proyectaban, segun se dice, hacer abdicar á doña Isabel en su hijo, cuya tutela, con el gobierno del reino, pensaba confiar á O'Donnell; y hé aquí por qué doña Isabel, que no estaba dispuesta á renunciar la Corona, y tenia sus simpatías fijas en el partido moderado, encomendó á éste el poder.

Prim, resuelto á conspirar contra todo gobierno, y contando por entónces con más elementos, por lo mismo que todos los liberales avanzados eran enemigos jurados de Narvaez y su partido, convocó en Ostende (Bélgica), para fraguar la nueva conspiracion, una gran junta de progresistas, que le nombró jefe del centro revolucionario, del cual formaba parte tambien Aguirre y Becerra,

Fraguado el plan de sublevacion, y designados para varias provincias los jefes que habian de dar el grito de rebelion, se acordó que Prim

entraría en Cataluña para encargarse del mando de las fuerzas revolucionarias.

Los jefes todos estuvieron en sus puestos, y los de Cataluña lograron reunir 6,000 paisanos, que se batieron con las fuerzas del gobierno en Llinás de Marenllo, donde murió sobre el campo el general Manso de Zúñiga, que mandaba las fuerzas del ejército contra los rebeldes; pero éstos no fueron secundados ni por el ejército, ni por las demás provincias, y al fin se desbandaron, obligando á sus jefes á refugiarse en Francia.

Alejada la Union Liberal del poder despues de los sucesos del 22 de Junio, la desgracia unió á los vencedores y vencidos de aquel funesto día. Los progresistas y unionistas no vacilaron en saltar el mar de sangre que los separaba, y renovando sus compromisos en 1865, juraron de nuevo en 1867 el destronamiento de la desgraciada señora, á quien debían sus grados, sus títulos, sus honores y riquezas.

Aunque la Union Liberal era el elemento más poderoso de aquella conjuración, y lo tenía preparado todo para realizar la revolucion en provecho propio, los progresistas demócratas y republicanos se apresuraron á tomar parte en el movimiento, nombrar juntas y hacer declaracio-

nes que desconcertaron á la Union Liberal y la obligaron á transigir con ellos y darles parte en el botín.

Así fué que aunque la Marina de guerra habia puesto por condicion para iniciar la sublevacion que no tomase parte en la direccion del pronunciamiento el general Prim, fué el primero que asomó al bordo de la fragata *Zaragoza*, con gran disgusto de los marineros, alguno de los cuales propuso se le arrojase al mar.

La revolucion se manifestó desde el principio tan anticatólica como antidinástica, y Prim, que tanto habia contribuido á su triunfo, no contento con los atentados cometidos contra la Iglesia desde los primeros momentos por el populacho y las juntas revolucionarias, sistematizó la guerra desde el ministerio, de que disponia á su antojo.

Resulta, por consiguiente, que el general Prim fué uno de los que más contribuyeron al triunfo de la revolucion, y despues, en el gobierno, uno de los principales autores, ó por lo ménos responsable en primer término, de todos sus atentados contra la Iglesia.

España debe además á Prim la ignominia de una dominacion extranjera, la de D. Amadeo de Saboya, la sangre derramada en innumerables



motines, en el día 22 de Junio de 1866, en Alcolea, en todas las insurrecciones posteriores á la revolución de 29 de Setiembre, y aun la que se está derramando hoy mismo en la guerra civil. Además, el general Prim no es ménos responsable de los atropellos, atentados y aun asesinatos que bajo su dominación cometió la célebre *Partida de la Porra*.

Prim, en una palabra, fué un tirano de España durante los dos años que fué presidente del Consejo de ministros y ministro de la guerra. A él se deben aquellas órdenes sanguinarias que se comunicaban á los capitanes generales y á los jefes del ejército, en nombre de las cuales se cometieron tantos atentados, se consumaron tantas infamias y se perpetraron tantos y tan horrendos asesinatos. Aquellos actos de bárbara tiranía produjeron tal indignación, que la prensa toda clamó contra ellos. El el Congreso se hizo además una interpelación sobre el hecho de haber sido fusilados en Montealegre (Cataluña), sin formación de causa ni auxilios espirituales, nueve infelices cogidos sin resistencia, y entre ellos un muchacho imbécil; pero el general Prim contestó impávido que resumía la responsabilidad de ellos, y añadió que siempre que coarrieran circunstancias iguales, haría lo mismo.

No es extraño, por tanto, que públicamente se lanzaron contra Prim en los periódicos de todos matices, en los círculos políticos, en las conversaciones particulares, en todas partes, y por todos, acerbas censuras y terribles acusaciones.

El día 27 de Diciembre de 1872, aniversario del atentado contra la vida del general, un periódico católico decía de él lo siguiente:

Solo revolviendo las enlodadas páginas de los Julianes y Bellidos podrá encontrarse en nuestra historia figura más tristemente célebre ni hombre que más terrible acusacion haya de sufrir ante el tribunal de la patria, y, lo que es más, ante el tribunal de Dios. Cuando viene la muerte, mata los rencores y apaga los odios, pero á nadie excusa ni libra de la justicia, y la sentencia que ésta lanza sobre la funesta memoria del general Prim es terrible. Cuantos males, cuantas desventuras, cuantos escándalos, cuantas ignominias, cuantas afrontas han venido sobre España en estos cuatro años, son obra del general Prim, y deuda tremenda de que habrá respondido ya. A España le debe su unidad católica, vendida y desterrada; sus gloriosas tradiciones escarnecidas, su honra mancillada, su independencia inmolada á un príncipe extranjero. A otras desdichadas personas, deu-

das de gratitud que no han de olvidarse nunca, y que si se olvidan no es impunemente. Como español acarrió la ruina de la patria; como militar, manchó su espada en contiñas rebeliones y rompió cien veces la Ordenanza; como súbdito, faltó á todos sus juramentos; como caballero, olvidó todos los deberes que la gratitud le imponía. Quiso llegar á dictador, y no teniendo talla para ello, se quedó en un ambicioso de fortuna; quiso hacer de España su patrimonio, y unos cuantos asesinos, escudados de la soledad de la noche, acabaron con torpe muerte su infeliz vida. Este era Prim. Cuando la historia llegue á narrar su vergonzosa dominacion, dudará si pudo llegar España á degradacion tal, que aurrera el látigo de un Prim.

Casi á los dos años justos de su muerte, la Revolucion, obra de sus manos, ha cometido la última infamia con el proyecto de entrega de Puerto-Rico. Más dignamente no podian celebrarse sus funerales (1).

*El eco de España*, periódico moderado, en un artículo titulado *Lecciones ejemplares para los revolucionarios españoles*, decia:

(1) *La Reconquista*.

“Prim, el dictador de la revolucion; el que imponia sus voluntades y caprichos, desde la cosa más insignificante hasta el establecimiento de una dinastía, la figura que, no por su particular talento, sino por su carácter, habia descollado sobre la de todos los demás creadores y mantenedores del actual orden de cosas; el agitador perpétuo del orden público en España; el hombre á quien en esta última época sonreía la fortuna colmándolo de todos sus dones, maero bajo el plomo homicida, villanamente asesinado, precisamente cuando en un arranque de orgullo, inspirado acaso por su misma fortuna, acababa de hacer alarde ante las Córtes de la omnipotencia de su voluntad, y de la inferioridad ante ésta de los preceptos de la Constitucion. Tampoco pudo ver el término de su laboriosa obra; tampoco pudo ver sentado en el trono español al príncipe que ya estaba en camino, ansioso acaso de conocer al hombre á quien se lo debía.”

El Sr. Pl y Margall, diputado republicano, pronunció ante el mismo Prim, en una sesion del Congreso, las siguientes palabras:

“En política, señores, hay una especie de pudor que obliga á los hombres á sacrificar hasta sus propios intereses á las ideas que sustentan, y que los hace inaccesibles á toda clase de pro-

mesas; pero ¡ay del día en que se pierda ese poder! pues entónces sucede al hombre lo que á la mujer cuando pierde el suyo. Y no lo duda su señoría, pues á su lado tiene el señor presidente del Consejo de ministros, que habiendo perdido el poder político en edad temprana, es la inconsecuencia andando. ¿No lo habeis visto combatir á Espartero, despues á Narvaez, y luego aceptar de él la capitania general de Puerto-Rico; sostener á O'Donnell, y luego combatirle; jurar fidelidad á doña Isabel II, y luego sablevarse al frente de unos cuantos escuadrones? ¿Y quién sabe lo que todavia estará reservado á su señoría despues de lo que hasta ahora ha hecho?"

Finalmente; el general Prim era individuo del Gran Oriente español, del rito escocés aprobado, y *Maestro sublime perfecto del grado 33 masónico*, segun lo acreditan los testimonios fehacientes que incertamos más adelante.

El 17 de Diciembre de 1870 Prim había firmado un decreto por el que, nombrando por autoridad propia teniente vicario general castron, se á D. José Palido y Espinosa, producía en España un verdadero cisma. Por la tarde pronunció el Congreso un discurso violento, en el que amenazó á todos sus adversarios políticos con

saltar por encima de la Constitución y de las leyes..

Aquella misma noche, y á la hora de las siete y media, al dirigirse el general Prim, acompañado de dos ayudantes, desde el Congreso al ministerio de la Guerra, el carruaje que los conducia tuvo que detenerse en la calle del Turco, muy cerca ya de la de Alcalá, por estorbar el paso un carruaje de alquiler. Entónces ocho asesinos, apostados á derecha é izquierda, hicieron varios disparos de trabuco sobre el carruaje, resultando herido uno de los ayudantes y el general Prim, que falleció el día 30 de Diciembre.

El tristemente célebre revolucionario Roque Barcia publicó en *La Federacion Española* del 6 de Enero de 1871 una extraña descripción de este atentado, bajo el epigrafe *La mano negra*.

El escritor republicano declara irresponsables del asesinato de Prim á todos los partidos: asegura que la ocasion del crimen viene de un alcazar, y aun afirma "y SE CUAL ES;" añade que al salir el general del Congreso, un embozado, que estaba en la puerta, encendió un Kéforo ó cerilla, operacion que imitó otro embozado que estaba en la calle del Sordo, y otros colocados de trecho en trecho en la del Turco; y prosigue su relacion en estos términos:

El ayudante Moya, que iba al vidrio, observa un instante para ver la causa de la detención, y aprieta la mano de Prim, exclamando: *¡Mi general, nos hacen fuego!*

"Cuando Moya observó, algunos apantaban indudablemente, aunque no dispararon, porque nadie las vigilaba, y creyeron prudente obrar sobre seguro. *No estaban solos.* Más de dos, más de tres guardaban sus espaldas en los alrededores.

"Uno, el más audaz de los asesinos se aproximó al coche, rompió el cristal con la boca de su trabuco, y exclamó á media voz: "Prepárate, vas á morir."

"D. Juan Prim lo vió decía que era bajo, fornido, moreno, de barba poblada y muy negra. El herido afirmaba que si lo viese lo conocería. No pudo conocerlo, porque no lo vió. Y no pudo verlo..... no se sabe por qué. Han sucedido cosas tan raras en esa alevosía, que no es posible discurrir ni conjeturar.

"Cuando la boca del trabuco rompió el vidrio, el general y el otro ayudante se aplaugaron sobre el testero del carrocaje.

"Un grupo se formó por la derecha; una voz dijo *¡fuego!* y se oyó la ruidosa detonación de tres trabucos.

"Otro grupo se formó por la izquierda; otra vez grita *¡fuego!* y se oye otra segunda detonación de tres disparos.

"Allí eran seis.

"Otro que estaba enfrente de las Cortes, el que encendió la primera cerilla, son siete.

"Otro que esperaba en la esquina del mismo palacio del Congreso, el que encendió la segunda cerilla *telegráfica*, son ocho.

"Otro que aguardaba en la embocadura de la calle del Tarco, el que encendió el último fósforo, son nueve.

"Y ¡cuántos otros no estarían apostados en los alrededores!

"¿Y no habría otros seis en la calle del Sordo? ¿No habría otros seis en la calle de Cedaceros? ¿No habría seis hombres y seis trabucos en las diferentes avenidas que pudo tomar el carruaje del asesinado?

¿Cuántas cuadrillas eran? ¿Quién las dirigía? ¿Cuánto costaban? Nada se sabe. Una losa se ha suspendido, y el sepulcro ha tragado ese horrible misterio. ¿No parece sino que toda la policía estaba muerta aquella noche!

"¡Ay! ¿Creerían los vigilantes que era una aventura como la del teatro de Calderón, como